

MIGUEL DE UNAMUNO: USO Y ABUSO DE LA RAZÓN

MIGUEL DE UNAMUNO: USE AND MISUSE OF REASON

Alberto Oya

Universitat de Girona

Resumen: *El objetivo de esta nota es mostrar que no hay ningún motivo para llamar irracionalista a Miguel de Unamuno. Unamuno puso límites a la razón y rechazó lo que, a su juicio, constituía una violación de dichos límites (el cientificismo y el intelectualismo), pero en ningún momento despreció el uso de la razón.*

Palabras clave: *Unamuno, cientificismo, contradicción, intelectualismo, irracionalismo.*

Abstract: *The aim of this note is to show that there is no reason for calling Miguel de Unamuno an irrationalist. Unamuno put limits to reason and refused what he took to be a violation of those limits (scientificism and intellectualism), but Unamuno never disvalued the use of reason.*

Keywords: *Unamuno, scientificism, contradiction, intellectualism, irrationalism.*

1. INTRODUCCIÓN

Quienes hayan comprendido la concepción religiosa de Miguel de Unamuno estarán de acuerdo con que Unamuno no puede ser tachado de irracionalista. Su concepción religiosa parte de lo que él llamó “el sentimiento trágico de la vida”, esto es: el conflicto trágico, irresoluble, entre nuestro necesitar a Dios y nuestra falta de justificación epistémica para creer que Dios existe. Es precisamente la confianza en la razón lo que explica, en última instancia, el sentimiento trágico. Si Unamuno hubiera despreciado la

razón, el conflicto no sería irresoluble, simplemente creeríamos que Dios existe por un acto de fe, irracional, y el sentimiento trágico no surgiría. Pero Unamuno explícitamente rechaza esta posibilidad, pues “[e]l único culto perfecto que puede rendirse a Dios es el culto de la verdad”¹ y acallar las dudas afirmando dogmáticamente la existencia de Dios “[...] no es sino entregarse a la mentira”²:

El contentarse con la fe llamada implícita, a conciencia de que lo es y de que hay otra explícita; el atenerse al “creo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia”, apartándose de examinar lo que la Iglesia enseña y cree, por flojera o más bien por temor de ver que no hay tal fe, eso es la más grande de las mentiras. [...] Y sobre todo, en medicina puede curarme la ciencia de mi médico, aunque yo no sepa ni hacia dónde me cae el hígado; pero en religión no puede salvarme la fe de mi confesor. En la vida del espíritu sólo mi verdad me salva, y mi verdad no es la verdad que desconozco, aunque sea ésta la verdad de los demás³.

La misma idea la encontramos en su artículo “Verdad y vida” (1908):

El creyente que se resiste a examinar los fundamentos de su creencia es un hombre que vive en insinceridad y en mentira. El hombre que no quiere pensar en ciertos problemas eternos es un embustero, y nada más que un embustero. Y así suele ir, tanto en los individuos como en los pueblos, la superficialidad unida a la insinceridad. Pueblo irreligioso, es decir, pueblo en que los problemas religiosos no interesan a casi nadie –sea cual fuere la solución que se les dé–, es pueblo de embusteros y exhibicionistas, donde lo que importa no es ser, sino parecer ser”⁴.

Dicho esto, también es cierto que hay algunos fragmentos de la obra de Unamuno que, leídos fuera de su contexto, explican por qué ha habido quienes han tachado a Unamuno de irracionalista. El objetivo de esta nota es mostrar que estos fragmentos de su obra deben interpretarse como un rechazo al *abuso* de la razón, y no como una apología al irracionalismo.

¹ Miguel de UNAMUNO, «¿Qué es verdad?» (1906), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas* (vol. III: *Nuevos Ensayos*), Madrid, Escelicer, 1968, p. 856.

² *Ibid.*, p. 860.

³ *Ibid.*, p. 863. Véase también: “La paz, la paz espiritual quiero decir, suele ser la mentira y suele ser la modorra. No quiero vivir en paz ni con los demás ni conmigo mismo. Necesito guerra, guerra en mi interior: necesitamos guerra. La verdad antes que la paz. Tal es mi divisa”. (Miguel de UNAMUNO, “A mis lectores” (1909), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas* (vol. III: *Nuevos Ensayos*), pp. 394.

⁴ Miguel de UNAMUNO, “Verdad y vida” (1908), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas* (vol. III: *Nuevos Ensayos*), p. 268.

2. EL RECHAZO AL INTELLECTUALISMO

En su *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1913), Miguel de Unamuno llegó a afirmar que “es una cosa terrible la inteligencia”⁵. Pero el problema no está en la inteligencia en sí, sino en creer que podemos comprender la realidad toda intelectualmente, cuando lo cierto es, dice Unamuno, que hay aspectos de la vida que no son accesibles por la razón, sino sólo por el corazón. Las ideas deben ser *sentidas* para ser comprendidas:

Lo importante es pensar, como fuere, con estas o con aquellas ideas, lo mismo da: ¡pensar!, ¡pensar!, y pensar con todo el cuerpo y sus sentidos, y sus entrañas, con su sangre, y su medula, y su fibra, y sus celdillas todas, y con el alma toda y sus potencias, y no sólo con el cerebro y la mente, pensar vital y no lógicamente. Porque el que piensa sujeta a las ideas, y sujetándolas, se liberta de su degradante tiranía⁶.

El error es, por ejemplo, cuándo, cómo Paparrigópulos, el sociólogo de *Niebla*, nos dedicamos “[...] a estudios de mujeres, aunque más en los libros que en la vida”⁷. Debemos reconocer que hay un componente afectivo que no es reducible a un plano puramente intelectual y que, como tal, sólo puede ser captado mediante una relación epistémica de tipo afectivo, no intelectual. En definitiva, debemos reconocer, de acuerdo con Unamuno, que “[...] ni la fisiología enseña a digerir, ni la lógica a discurrir, ni la estética a sentir la belleza o a expresarla, ni la ética a ser bueno”⁸.

Para todos aquellos que estén interesados en la obra literaria del autor, cabe decir que esta afirmación de que hay cuestiones de gran importancia vital que no pueden ser reducidas a un plano meramente intelectual es algo presente en muchas de sus novelas. Tómese, por ejemplo, el rechazo de Alejandro, el protagonista de *Nada menos que todo un hombre* (1920), a expresar en palabras sus sentimientos hacia su mujer:

Eso de querer, te lo he dicho mil veces, Julia, son tonterías de libros. [...] No, no te quiero.. ¡Te... te... te..., no hay palabra! –estalló en secos sollozos, en sollozos que parecían un estertor, un estertor de pena y de amor salvaje⁹.

⁵ Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1913), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas (vol. VII: Meditaciones y Ensayos Espirituales)*, Madrid, Escelicer, 1967, cap. V, p. 162.

⁶ Miguel de UNAMUNO, “La ideocracia” (1900), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas (vol. I: Paisajes y Ensayos)*, Madrid, Escelicer, 1966, pp. 959.

⁷ Miguel de UNAMUNO, *Niebla* (1914), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas (vol. II: Novelas)*, Madrid, Escelicer, 1967, cap. XXIII, p. 637.

⁸ Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. XI, p. 281.

⁹ Miguel de UNAMUNO, *Nada menos que todo un hombre* (1920), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas (vol. II: Novelas)*, Madrid, Escelicer, 1967, p. 1035. Recuérdese también el siguiente

Esta postura, sin embargo, no convierte a Unamuno en un irracionalista. Unamuno no está rechazando la razón, sino que está defendiendo que ésta tiene límites, y que el problema está en pretender quebrantarlos.

Todo lo que he dicho aquí nos ayuda a entender mejor el “¡Que inventen ellos!” y el “¡Adentro!”, que son seguramente las dos expresiones que más han contribuido, al menos popularmente, a llamar irracionalista a Unamuno. Estas expresiones no constituyen un rechazo a la razón o a la ciencia, sino que pretenden ser una llamada de atención: no debemos olvidarnos de cultivar este aspecto afectivo, no intelectual, de la vida¹⁰.

3. EL RECHAZO AL CIENTIFICISMO

El segundo motivo que podría llevarnos a llamar irracionalista a Unamuno es su rechazo al positivismo de la época (o, mejor dicho, a lo que Unamuno entendió por positivismo). Este rechazo se encuentra no sólo en sus textos ensayísticos, sino también en muchas de sus novelas. Recuérdese aquí su *Amor y pedagogía* (1902), que no es otra cosa que una sátira a este positivismo.

Pero el rechazo de Unamuno al positivismo no es un rechazo a la ciencia de por sí, sino al cientificismo, a “la fe ciega en la ciencia”¹¹. De hecho, en su “Verdad y vida” (1908), Unamuno es bastante explícito en defender el valor de la ciencia. La investigación científica es una actividad deseable, y esto no sólo por las consecuencias prácticas que trae consigo el desarrollo científico, sino también (o quizás sobre todo) porque el cultivo de la especulación científica, la búsqueda de la verdad, “fortifica la mente”:

fragmento de *Una historia de amor* (1911): “Algunos de los que le oían razonar le achacaban falta de pasión, porque hay majaderos que no saben que nada hay más razonador que la pasión misma” (Miguel de UNAMUNO, *Una historia de amor* (1911), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas* (vol. II: *Novelas*), p. 1231.

¹⁰ Y aquí debe recordarse que el “¡Adentro!” y el “¡Que inventen ellos!” fueron escritos en el contexto de la crisis, cultural y política, que supuso el “desastre” del 98 con la derrota ante los Estados Unidos de América y la pérdida de las que por aquel entonces eran las últimas colonias españolas. En el plano intelectual esta situación generó un debate entre los que fueron llamados “europeizantes” y los denominados “hispanizantes”. A grandes rasgos, y caricaturizando un poco el debate, podemos decir que los primeros defendieron que el “desastre” fue fruto del retraso científico y cultural de la España de la época y que el país debía *regenerarse* adoptando la ciencia y los usos y costumbres de la Europa moderna. Los hispanizantes, en cambio, defendieron precisamente todo lo contrario: la crisis de España se debía a su excesiva modernización, que había traído consigo la pérdida de los antiguos valores que antaño habían resultado en la formación del Imperio español. Las opiniones de Unamuno fueron, como se desprende lo que acabamos de ver, si no simpatizantes a esta corriente hispanizante, contrarias al movimiento europeizante.

¹¹ Miguel de UNAMUNO, “Cientificismo” (1907), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas* (vol. III: *Nuevos Ensayos*), p. 353.

[...] [P]orque donde la cultura es compleja han comprendido todo el valor práctico de la pura especulación [...]. Y saben que si cuando Staudt inició la geometría pura o de posición esta rama de la ciencia no pasaba de ser una gimnasia mental, hoy se funda en ella mucha parte del cálculo gráfico que puede ser útil hasta para el tendido de cables. Pero, aparte esta utilidad mediata o a largo plazo que pueden llegar a cobrar los principios científicos que nos parezcan más abstractos, hay la utilidad inmediata de que su investigación y estudio educa y fortifica la mente mucho mejor que el estudio de las aplicaciones científicas¹².

Ya hemos visto que, para Unamuno, las ideas deben ser *sentidas* para ser comprendidas. También la ciencia debe ser sentida: la búsqueda de la verdad en la ciencia debe servirnos para “[...] ennoblecer y elevar nuestra vida espiritual y no [para] convertir a la verdad, que es, y debe ser siempre viva, en un dogma, que suele ser una cosa muerta”¹³. Todo esto refleja no un rechazo a la ciencia, sino lo que podríamos llamar una visión falibilista de la ciencia. La duda es un ingrediente esencial del saber científico: no debemos aceptar las tesis de la ciencia acríticamente, como si fueran dogmas incuestionables, pero no por ello tenemos que dejar de cultivar la ciencia.

4. CONTRADICCIÓN

Cabe mencionar también lo que dice Unamuno de que es “un hombre de contradicción”¹⁴. Esto es, seguramente, lo que en última instancia explica que haya quien ha negado el valor filosófico de la obra de Unamuno y le haya considerado *solamente* un poeta, alguien que juega con palabras. Pero es obvio que cuando Unamuno habla de contradicción no está diciéndonos que su discurso sea lógicamente contradictorio. La contradicción de la que habla Unamuno se encuentra en el carácter trágico, irresoluble, de nuestros anhelos vitales: necesitamos satisfacer nuestras necesidades afectivas y nuestras necesidades intelectuales, pero ambas no pueden ser satisfechas al mismo tiempo¹⁵. Unamuno se define como un hombre de contradicción porque asume (que no quiere decir que solucione) este conflicto, haciendo de éste, “[...] de la guerra misma, condición de nuestra vida espiritual”¹⁶.

¹² Miguel de UNAMUNO, “Verdad y vida”, p. 267.

¹³ *Ibid.*, p. 267.

¹⁴ Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. XI, p. 262.

¹⁵ “Porque vivir es una cosa y conocer otra, y como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, antivital. Y esta es la base del sentimiento trágico de la vida” (Miguel de UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*, cap. II, p. 129). Véase también: “Ni el sentimiento logra hacer del consuelo verdad, ni la razón logra hacer de la verdad consuelo” (*Ibid.*, cap. V, p. 171).

¹⁶ *Ibid.*, cap. VI, p. 172.

Con todo, también es cierto que Unamuno exige explícitamente el derecho a cambiar de opinión y a contradecirse consigo mismo¹⁷. Esto podría llevarnos a pensar que Unamuno fue un pensador asistemático, que no atendía a razones y decía a cada momento lo que le viniera de gusto. Lo cierto es, sin embargo, que Unamuno se contradecía bien poco: Unamuno no fue unos de esos “escritores paradójicos y contradictorios” que él mismo halaga. Hay, como es obvio, cambios y una evolución en su pensamiento, pero al menos por lo que refiere a su concepción religiosa, que es el aspecto más peculiar y definitorio de su producción filosófica, sus tesis básicas apenas sufrieron modificaciones. Tómese el siguiente fragmento de su ensayo “¡Pistis y no Gnosis!” (1897):

Jóvenes las comunidades cristianas esperaban la próxima venida del reino del Hijo de Dios; la persona y la vida del Divino Maestro eran el norte de sus anhelos y sentires. Sentíanse henchidas de verdadera fe, de la que con esperanza se confunde, de lo que se llamó *pistis*, fe o confianza, fe religiosa y no teologal, fe pura y libre todavía de dogmas. Vivían vida de fe; vivían por la esperanza en el porvenir; esperando el reino de la vida eterna, vivían ésta. [...] A medida que el calor de la fe iba menguando y mundanizándose la religión, [...] [I]a juvenil *pistis* fue siendo sustituida por la *gnosis*, el conocimiento; la creencia, y no propiamente la fe; la doctrina y no la esperanza. Creer no es confiar. Hízose de la fe adhesión del intelecto; empezóse a enseñar qué es el conocimiento de la vida; convirtiéronse los fines prácticos religiosos en principios teóricos filosóficos, la religión en metafísica revelada. Nacieron sectas, escuelas, disidencias, dogmas por fin. [...] En adelante la fe fue para muchos cristianos creer lo que no vimos, *gnosis*, y no confiar en el reino de la vida eterna, *pistis*, es decir, creer lo que no vemos¹⁸.

Aunque el sentimiento trágico no es aquí formulado de un modo explícito, queda claro que ya en 1897 Unamuno defendió un retorno a lo que él tomó ser la concepción religiosa del cristianismo primitivo, que no es otra cosa que una concepción no fáctica del cristianismo: la fe no consiste en aceptar la verdad de un dogma, en *creer que* Dios existe (*gnosis*), sino en tener esperanzas, *creer en* la vida futura, en el Reino de Dios (*pistis*). Esto es, precisamente, lo que defendió en sus dos grandes obras ensayísticas, *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) y *La agonía del cristianismo* (1924), y que expresó, en forma literaria, en su novela *San Manuel Bueno, mártir* (1930): del

¹⁷ “Entre todos los derechos íntimos que tenemos que conquistar, no tanto de las leyes cuanto de las costumbres, no es el menos preciso el inalienable derecho a contradecirme, a ser cada día nuevo, sin dejar por ello de ser el mismo siempre, a afirmar mis distintos aspectos trabajando para que mi vida los integre. Suelo encontrar más compactos, más iguales y más coherentes en su complejidad a los escritores paradójicos y contradictorios que a los que se pasan la vida haciendo de inmovibles apóstoles de una sola doctrina, esclavos de una idea.” (Miguel de UNAMUNO, “La ideocracia”, p. 956).

¹⁸ Miguel de UNAMUNO, «¡Pistis y no Gnosis!» (1897), en Miguel de UNAMUNO, *Obras Completas* (vol. III: *Nuevos Ensayos*), pp. 682-683.

sentimiento trágico, el conflicto irresoluble entre nuestro necesitar a Dios y nuestra falta de justificación epistémica para *creer que* Dios existe, surge la fe, que no es un *creer que* Dios existe, sino un *querer creer* que Dios existe. En los treinta y tres años que separan el ensayo “¡Pistis y no Gnosis!” y la novela *San Manuel Bueno, mártir* no se observa, por tanto, un cambio fundamental en la tesis básica de su concepción religiosa.

5. CONCLUSIÓN

La conclusión es, por tanto, que no hay ningún motivo para tachar a Unamuno de irracionalista: Unamuno puso límites a la razón, y rechazó lo que, a su juicio, constituía una violación de dichos límites (el cientificismo y el intelectualismo), pero en ningún momento despreció el uso de la razón.

Alberto Oya
Departament de Filosofia
Universitat de Girona: Facultat de Lletres
Pl. Ferrater Mora, 1
17004, Girona
alberto.oya@udg.edu